MISIONES

DE LOS

RR. PP. FRANCISCANOS

EN EL

ECUADOR.

QUITO.

Fundición de tipos de Manuel Rivadeneira.

1886.

MISIONES

de los

REVERENDOS PADRES FRANCISCANOS.

I.

Nadie ignora que los religiosos Franciscanos existentes en Quito, gran parte del año se ocupan en dar misiones á los pueblos en donde son pedidos; pero muy pocas son en la capital las personas que llegan á tener conocimiento del rumbo y resultado de aquellas misiones; pues estas noticias no se publican por la prensa como debían publicarse, y si lo hemos de confesar con franqueza, esto es proveniento de un notable descuido nuestro. Muy justo es, pues, escribir para el público, siquiera una ligera relación de las misiones que dan en nuestros pueblos los RR. PP. Franciscanos, porque á todo buen católico le interesa saber si la fé vive ó muere en las ciudades y en las aldeas; si hay ó nó entusiasmo por lo bueno, por la moral, por lo santo; si habrá ó nó mucha facilidad para que las masas puedan corromperse en sus principios, y despreciando las doctrinas y enseñanzas de la Iglesia se dejen arrebatar por la funesta corriente de la im-

piedad que pretende trastornarlo todo; en fin, si la predicación de la palabra de Dios produce ó nó abundante fruto; si los pueblos se moderan, si los ciudadanos se hacen honrados y cumplidos; si las familias se santifican; si se propaga el trabajo; si se auyenta el desorden; si la paz reina; en suma, si un pueblo misionado se convierte en un edén. No hay duda que todo esto resulta de las misiones dadas por los expresados Padres; y aun acabo de ser testigo de los copiosos frutos producidos en la misión que dieron los RR. PP. Baltasar Moner, José de Jesús María Romaguera y José Moraza en el pueblo de Sangolquí del cual soy Párroco. Dieron principio á esta misión el seis de Febrero del presente año, y la terminaron el ocho de Marzo; de modo que duró un mes y dos días.

II.

La tarde del seis de Febrero fué en este pueblo una tarde de verdadera alegría; pues los moradores del lugar esperaban ansiosos la llegada de los Padres misioneros: estos entraron á eso de las seis y cuarto de la noche con su traje humilde y despreciable; en sus semblantes, aunque demostraban el cansancio del camino, descubrían la atractiva fisonomía de la caridad, de la humildad y del celo por la gloria de Dios y bien de las almas. Al presentarse los Padres misioneros en la entrada del pueblo, las campanas de la Iglesia parroquial se echaron á vuelo; la gente venía presurosa como un caudaloso río por todas las calles á su encuentro; la buena banda de música rompió con entusiasta armonía, y todas las miradas se dirigían alegres á los Padres que venían á predicar la paz y la justicia en nombre de Jesús. Yo como Párroco salí á encontrarles hasta unas cuatro cuadras antes de la Iglesia, revestido con capa plu-

vial, la Cruz alta que iba ante mí y dos ceroferarios para que rompiesen la procesión hacia la Iglesia. Saludando á los Padres con una profunda inclinación de cabeza, dirigí unas pocas palabras á mi pueblo, poniendo á su alcance la grande gracia que Nuestro Señor le hacía con mandarle sus ministros para que le anunciasen su palabra: recomendé á los Padres la docilidad del pueblo y dándoles á besar un Crucifijo que llevaba en mis manos, les entregué el pueblo para que principiaran á trabajar en nombre del Señor. En seguida el P. Baltasar, cual un verdadero apóstol, lleno de entusiasmo y unción dirigió su palabra á esa grande turba que les rodeaba, como en otro tiempo las turbas seguían y rodeaban al Salvador; y con voz clara y penetrante, y con ademán magestuoso y santo les habló de la necesidad de convertirse á Dios; de la brevedad de la vida presente y de la eternidad que nos espera. Acabada esta corta, pero patética alocución, se principió á cantar la letanía lauretana, y con ella siguió la procesión hacia la Iglesia: de cuando en cuando interrumpiendo la letanía con un campanillazo, cantaban los Padres unas ligeras estrofas dirigidas al pecador, que son como saetas que van al corazón. Al presentarse los Padres en uno de los ángulos de la plaza por donde entró la procesión, el P. José Moraza, ascendiendo á un pequeño poyo que allí había, dió una segunda plática, anunciándoles que con la misión habían de desaparecer los vicios y malas costumbres, y habían de aparecer y reinar las virtudes y los buenos hábitos; y hablando unos pocos momentos sobre esta materia, concluyó y siguió la procesión hasta la puerta de la Iglesia parroquial en donde paró; allí presentándose el R. P. Romaguera en el terraplén del pretil de dicha Iglesia, saludando con toda la efusión de su alma á los habitantes de Sangolquí, predicó con ardor y elocuencia sobre la especial demostración de amor que Dios les ha-

cía proporcionándoles la misión; pues que otros pueblos la pedían con ansia y no se les había podido conceder, mientras que éste había alcanzado esta gracia con gran felicidad. Terminada esta plática entraron todos á la Iglesia, y postrados de rodillas entonaron los Padres el *Veni Creator* implorando la gracia del E. S. para dar principio á la misión; luego indicaron al pueblo las horas en que debían acudir al templo por la mañana y la tarde durante la misión, y todos se retiraron á sus casas.

III.

Durante el tiempo de la misión los Padres se levantan muy por la madrugada, y en su habitación postrados en tierra elevan á Dios su corazón y su espíritu: aun antes de rayar la luz del día dirigen ya sus miradas al autor de la luz, porque Él es su ayudador; y meditando un buen espacio de tiempo en la ley santa del Señor, dirígense á la Iglesia á robustecer su alma con el pan de los fuertes, ofreciéndo en el altar la inmaculada víctima por la salvación del hombre. Los fieles con su ejemplo acudían ansiosos á la casa del Señor, y al toque de las campanas el templo estaba lleno de adoradores: hermosos cánticos resonaban allí por la mañana; el corazón se enternecía y derramaba en la presencia del Señor, y esa inmensa muchedumbre agrupada para alabar al Dios tres veces Santo, oía con grande afán en las primeras horas del día la palabra que ponía en boca de sus ministros. Por la tarde el concurso era sorprendente, y esto durante todo el tiempo de la misión, solo en una que otra muy lluviosa faltaban algunas personas que venían á largas distancias de la población: la Iglesia que no es pequeña ya no tenía en aquel tiempo espacio suficiente para abrazar tanta gente.

IV.

Los Padres cumpliendo con lo que les prescribe su regla y ajustándose estrictamente al voto de pobreza y humildad, piden limosna y viven de limosna: Dios es muy pródigo con los suyos, y su mesa aunque frugal está abastecida de lo necesario para sostener las fuerzas.

V.

A pocos días de principiada la misión, ya se veían los confesonarios atestados de gente que acudía á esos tribunales sagrados, con avidez semejante á la de las avejas que se agrupan á la puerta de su colmena: allí desplegaban los Padres las alas de la caridad, y con semblante dulce, y con voz paternal hablaban con el grande y con el pequeño, y levantaban su mano bienhechora para curar sus males, para borrar sus llagas. Yo considero al sacerdote puesto en aquel tribunal en los pueblos de América como un ser sobre-humano; y desearía que en Europa el Clero llegase á tener alguna idea aunque oscura y vaga de lo difícil y árduo del ministerio del Confesor en estas poblaciones cuando tiene que confesar indios. Sin este conocimiento es muy difícil apreciar en su justo valor el mérito que tienen los sacerdotes que á éllo se contraen. Allí el sacerdote es el penitente ignorante que se acusa; es el juez malicioso y astuto que decide; es el maestro que pregunta, y es el discípulo que responde; si es posible decirlo es un semidios que tiene que infundir la gracia para disponer á esas almas á la absolución: los principios de la teología moral son insuficientes, no pueden ser aplicados en muchísimos casos; necesario es formarse un moral aparte según su conciencia; es pues, la confesión de los indios en América mas

ó menos buena, si en esto darse puede término medio, según mas ó menos astuto y malicioso es el Confesor. Y con todas estas dificultades que parecen insuperables, los Padres misioneros han confesado infatigables con grande caridad y paciencia á una multitud formidable de indios que venían de todas las haciendas pertenecientes á esta parroquia.

VI.

Las pláticas y sermones fueron bien saturados de doctrina. Para destrozar en un combate al enemigo es necesario fuego nutrido y táctica ó estrategia militar; nada de esto faltó en lo misión de Sangolquí; el fuego nutrido estaba en los sermones bien razonados y de buen fondo; la táctica y estrategia en ciertas funciones extraordinarias que acostumbran los Padres en ciertos días de la misión. Así, pues, muy buen efecto produce en los pueblos aquel golpe que dan los misioneros á los corazones cuando predicando de la necesidad de convertirse á Dios por medio de una verdadera penitencia, amenazan que Dios les abandonará de sus manos sino corresponden á sus gracias; y hablando con ardor sobre este punto, llegan al fin del sermón á declarar al pueblo como abandonado de Dios por su obstinación: hace el predicador penitencia pública; el pueblo se conmueve y llora, y después de algunos momentos mientras el pueblo pide á Dios misericordia y perdón, asoma por la puerta de la Iglesia una solemne y tierna procesión en la que viene la Imágen de la Virgen Misionera en hombros de los jóvenes más distinguidos del pueblo y acompañada por los misioneros y varios hombres que entran á la Iglesia con sus bugías en las manos. Es una procesión de inesperado consuelo; es un dulce rocío que alienta el corazón; la Virgen Santísima es la causa de nuestra alegría, es el

refugio de los pecadores y el auxilio de los cristianos. Con esta función extraordinaria ha tomado ya mas incremento el fervor en todos los corazones; muchos que talvez se resistían al ataque, rinden sus armas, se dan por vencidos, y sinó en aquella misma noche al siguiente día se arrojan á los piés del Confesor á declarar sus faltas, á detestar sus crímenes, à proponer su enmienda cual otros hijos pródigos que vuelven arrepentidos y avergonzados á implorar acogida y perdón en la casa de su tierno y amoroso padre.

La noche del sermón sobre el perdón de los enemigos fué una noche conmovedora. El R. P. Baltasar que durante todo el mes sostuvo los sermones morales, en esta noche parecía que había subido al púlpito como iluminado de la gracia para decir cuanto de bueno é insinuante expresar se puede sobre el asunto. Este sermón me pareció clásico mas que todos los demás; materia abundante, lenguaje castizo, estilo claro, puntos bien coordinados, pasajes bien traidos de la escritura á par de la historia profana, textos bien aplicados; en suma, gesto, pronunciación, voz y todo el conjunto del orador no dejaba que desear. Preguntado el pueblo al fin del sermón por el orador, si perdonaba ó nó á sus enemigos, oyó levantarse de esa inmensa turba un asombroso grito que traspasando la vóbeda del templo subió hasta el cielo y penetró en el sublime trono del Altísimo "*perdonamos á nuestros enemigos.*" En esos momentos el orador pide tambien perdón á su auditorio por lo que pudiera haberle ofendido; los misioneros salen al presbiterio, y para dar ejemplo al pueblo, hincados de rodillas piden perdón al Párroco, éste pide perdón á su rebaño: en esos instantes casi no hay pecho que resista, casi no hay corazón que no se rinda. Teniendo enternecido así al pueblo, salió el predicador al terraplén del pretil de la Iglesia, y con él

salió á la plaza ese estupendo auditorio, el cual postrándose en tierra para pedir perdón al público, presentaba un cuadro sublime que solo puede ser ejecutado á la hermosa luz de la gracia y á la sombra del árbol frondoso de nuestra augusta Religión. El misionero tenía levantado en sus manos un hermoso Crucifijo con dos luces en la peana de la Cruz: la noche era tranquila, y no soplaba la mas pequeña brisa; el cielo azul oscuro salpicado de infinidad de brillantes; el pueblo en silencio profundo postrado ante la Cruz, la voz grave del orador que en ese lugar predicó un momento y las magestuosas sombras de la noche, todo esto concurría para dar á ese cuadro un aire de sublimidad y grandeza que le hacía difícil para ser sacado con el pincel al vivo, ó descrito con la pluma en toda la imponente magestad de su ser. Mientras esto pasaba en la plaza, una multitud de niños recorría las calles del pueblo gritando cual ángeles que anunciaban la paz, "*viva la paz en el pueblo, viva la unión &a., &a.,*" y terminado este acto, todos se retiraron al hogar doméstico, á satisfacer allí à los que antes habían ofendido. Solo la Religión católica puede influir de un modo tan poderoso en el corazón del hombre, y obligarle á ejemplo de su divino Mastro á hacer actos heroicos de virtud, como el perdonar al enemigo y satisfacer al agraviado.

En la noche del sermón del juicio final, se apagan las luces de la Iglesia cuando el orador repite aquellas palabras que para condenación de los malos se oirán salir de la boca del Divino Juez en el último día de los tiempos: "Apartáos de mí, malditos al fuego eterno." Entre tanto se cierran las puertas de la Iglesia, y se entona un cántico magestuóso en el que el pueblo contesta implorando la misericordia de Dios. Todo esto causa buen efecto en las poblaciones rurales, y por esta razón

los misioneros acostumbran estas ceremonias en sus misiones.

VII.

La Venerable Tercera Orden de San Francisco propagada con asombroso progreso por toda lo redondez del globo; recomendada con especial solicitud por nuestro Smo. Padre el Papa León XIII., y de la cual él mismo es uno de sus distinguidos miembros, ha florecido en este pueblo de un modo sorprendente y maravilloso: ella es el freno que con riendas de seda sugeta y contiene á los hombres en su veloz carrera por los senderos de la iniquidad, y les conduce y guía mansamente por los caminos de la justicia; élla es la poderosa palanca para levantar al mundo de los abismos de postración y degradación en que yace á las alturas del bien entendido progreso y de la gloria prometida á los justos. Pues, bien, esta Orden tan interesante es el objeto precioso de los cuidados y desvelos de los religiosos Franciscanos; por todos los pueblos de la República del Ecuador ha extendido ya sus fuertes raíces ese arbol magestuoso de la Tercera Orden, cultivado por el infatigable trabajo de los hijos de San Francisco, regado con el sudor de su rostro, y cargado de copiosos frutos de exquisito y variado gusto, como son los frutos de las virtudes que resplandecen en el alma de los que sirven con verdadero amor á nuestro Dios único Señor de todos los pueblos de la tierra.

En uno de los días de la misión tuvo, pues, lugar la visita de la Orden Tercera de San Francisco, y encontrándola los Padres lozana y floreciente la animaron y robustecieron mas y mas con su palabra; admitieron á un crecido número de fieles que pidieron con espontanea súplica ser alistados en sus robustas filas, é hicieron profesar á muchísimos que encontraron dignos de esta gracia des-

pués de un año de prueba.

Así prospera en nuestro suelo ecuatoriano la Venerable Tercera Orden Franciscana. Adelante, y no hay que temer, porque nosotros obtendremos el triunfo en la sangrienta lucha y tenaz contienda que el mundo y sus pasiones sostienen contra Dios y su gracia.

VIII.

Ya va á terminar la misión, y la víspera de la comunión general se iluminó todo el cuerpo de la Iglesia para el sermón de la gloria: el templo estaba, pues, en aquella noche alegre, lleno de innumerables luces; en el coro se entonaban alegres cánticos glorificando y ensalzando al Señor; una buena banda de música ejecutaba ante la puerta de la Iglesia suaves armonías; todo el pueblo se mostraba contento en el Señor, y con razón, porque allí hay verdadero contento en donde está el espíritu de Dios, y verdadera paz donde hay buena conciencia. Todos estaban alegres y tranquilos porque ya habían purificado sus conciencias, porque ya habían curado las llagas de su alma en el sacramento de la penitencia, y estaban en víspesas de recibir dentro de su pecho al Dios hecho Hombre por nuestro amor. En efecto, al siguiente día; todo el pueblo se hallaba desde muy por la madrugada en el templo: ¡cuánto fervor, cuanta fé veíamos en todos!; cada cual sentía su corazón deshaciéndose de ternura, desfalleciéndo de amor. Parecíame oír decir á cada uno: "en verdad que mejor es un día en los atrios del Señor que millares en las tiendas de los pecadores."

La misa de la comunión general fué á las nueve del día, y tres sacerdotes se ocuparon de repartir el pan eucarístico á toda esa muchedumbre ambrienta de ese manjar divino. La gente estaba distribuida en la Iglesia en dos gruesos bandos; al

lado izquierdo los hombres, y al costado derecho las mugeres: desde el altar mayor hasta la puerta de la Iglesia formaban los dos bandos una estrecha calle al medio del templo, y por allí andaban los sacerdotes que distribuían la comunión á los fieles: mientras tanto, cánticos tiernos que se habían preparado con anticipación, entonaban las niñas en el coro, acompañadas de un magnífico armonium.

Terminada la comunión general que fué solemne en todo, los Padres misioneros salieron á la casa de su alojamiento, y allí con sus propias manos repartieron un abundante y buen almuerzo á todos los pobres, y á las personas que habían venido de muy largas distancias para recibir la comunión: era, pues, una turba inmensa la que también acudió á recibir el alimento corporal de los pobres Padres Franciscanos que dan lo mismo que reciben de limosna, animados siempre de ese espíritu de verdadera caridad por el cual son tan queridos y populares en todas partes, no menos que por su humildad y mansedumbre. Por la noche fué el sermón sobre la perseverancia, y al fin de este el R. P. Baltasar se despidió del pueblo tanto en su nombre como en el de los demás misioneros. No es posible expresar la consternación del pueblo en aquellos momentos; un lamento general se oía por toda la Iglesia; el predicador terminó entregando el pueblo á su Párroco, recomendando á las autoridades que cuidasen del orden y moralidad é hiciesen siempre recta justicia; luego desprendió del pulpito un hermoso Crucifijo que allí lo tenían durante toda la misión, y dió con él al pueblo la última bendición. También bajaron en ese instante la Imágen de la Virgen Misionera que estaba colocada en el altar mayor, y un Padre dió con ella otra igual bendición. Así terminó aquella noche tan triste para el pueblo, por ser la última que predicaban los Padres misioneros que al siguiente día debían partir

para Quito al seno de la Comunidad.

El nueve de Marzo por la madrugada estaba el templo tan lleno de gente que, como suele decirse, no había donde poner un alfiler: los Padres celebraron misa entre eso de las seis de la mañana, y luego colocaron á la entrada de la Iglesia una grande y preciosa Cruz de madera con todas las insignias de la pasión bien esculpidas: esa Cruz la dejaron como un elocuente recuerdo de la misión, para que à vista de ella todos los días recordara el pueblo las promesas hechas á Dios durante ese tiempo santo en que había oído la palabra divina y se había reconciliado con Él El R. P. Baltazar predicó ante la Cruz un devoto sermón en el que encarecía al pueblo la constancia en seguir el camino de la justicia, y el amor y devoción que debía tener á la santa Cruz. que es el estandarte del cristiano y el trofeo más glorioso de nuestra augusta religión.

Así terminó la misión, y á mí como á Párroco me quedaba la bien difícil y pesada tarea de conservar y perpetuar sus frutos. ¡Pobres Párrocos los que nos encontramos solos á la cabeza de inmensos pueblos:! ¡pobres pueblos los que no cuentan mas que con un sacerdote á quien acudir!: bien difícil, y casi imposible es que los pueblos sigan por el camino del bien sin sacerdotes: de lamentar es la escacez de clero; de llorar amargamente es que hayan tan pocas vocaciones para tan sublime ministerio; de pedir mucho á Dios es que nos mande operarios para su viña. Necesario es también que hayan estímulos para los jóvenes que se dedican á la carrera eclesiástica, sobre todo estímulos de amabilidad y de amor paternal.

IX.

Se acercaba el momento en que debían par-

tír los misioneros, y por todos los contornos de la plaza, había muchísima gente silenciosa y triste que esperaba su salida para despedirse y recibir una última bendición; funesto estaba aquello, y ternura causaba ver un pueblo verdaderamente agradecido con los ministros de Dios que ya se ausentaban. Una gran comitiva de á caballo esperaba à los Padres que saliesen de la casa en que estaban para acompañarles, unos hasta Quito y otros hasta donde más pudiesen: en dos largas alas estaban alineados los de aquella comitiva, y cuando llegó el momento de la partida que fué entre eso de la una de la tarde, fueron los misioneros puestos al centro de la calle que formaban esas dos alas: las campanas plegarialban, la gente de á pié se acercaba llorosa á arrodillarse ante los Padres para recibir su bendición.

Mucho tiempo hubieran empleado los misioneros si hubiesen querido despedirse con cada uno de los que componían esa inmensa masa que les rodeó, pero revestidos de un carácter magnánimo saben sobreponerse en esos momentos, de modo que aunque enternecidos de ver un pueblo tan grato, mandaron que todos se arrodillasen para darles su bendición en nombre de Dios. Así lo hicieron y recibieron esa última y tierna bendición de los misioneros, bendición que la dieron con toda la efusión de su alma. En seguida partieron todos los de á caballo junto con los Padres, y por las calles seguía muchísima gente á pié atropellándose unos con otros; sobre todo, se veían bandadas de niños que llorando corrían siguiendo á los Padres misioneros. Al pasar por delante de una quinta de recreo que tiene por aquel trayecto el Ilmo. Sr. Arzobispo Dr. D. José Ignacio Ordoñez, el R. P. Baltazar hizo parar á toda la comitiva, para entrar por un momento á saludar de paso al Sr. Arzobispo que allí se hallaba; y como en la puerta de la entrada de

dicha quinta había estado una grande masa de gente que se había adelantado desde el pueblo á esperar allí á los Padres para despedirse, al tiempo que entraron los Padres á saludar al Ilmo. Sr. Ordoñez, entró también tras ellos al patio de la quinta, todo ese gentio de á caballo y de á pié, á esperar allí hasta que los Padres saliesen de la pieza en que entraron á ver al Sr. Arzobispo. Después de pocos minutos salieron los Padres haciéndo esa visita de cumplido; y al ir á cabalgar otra vez para continuar el viaje, todo aquel gentío que había penetrado en el patio de la expresada quinta, impedía el paso á los misioneros, porque se rodeaba de ellos, y los abrazaba, y todos lloraban y recibían sus bendiciones, y levantaban sus clamores hasta el cielo, como dando un elocuente y público testimonio de que la fé se propaga por medio de la caridad, y el aprecio que el pueblo tiene á sus sacerdotes sube á su punto cuando éstos son mansos y humildes de corazón. En aquellos momentos me remontaba con la imaginación, á los primitivos tiempos en que los Apóstoles andaban predicando el Evangélio por los pueblos, y parecíame ver á San Pablo en Mileto, cuando rodeado de los ancianos de Efeso, se levantó grande llanto entre todos, porque se despedía; y derribándose sobre el cuello de Pablo le besaban; así nos refieren los hechos de los Apóstoles,

Con mucha dificultad pudieron los Padres abrirse apenas un estrecho campo para poder cabalgar desprendiéndose de la multitud que tenían á su alderedor, y continuaron su viaje, consolando con dulces palabras á los que quedaban llenos de amargura cual hijos que se desprendían de los pechos de su madre. Casi por todo el trayecto se presentaban grupos de gente que por verles pasar y pedir una bendición se desbordaban por ciertas pequeñas laderas, se asomaban repentinamente en

las diferentes curvas del camino, se precipitaban de ciertas alturas y se arrojaban á abrazar llorando á los misioneros. Aquello era hasta pintoresco á más de ser tierno; aquello imitaba la fé de los primeros cristianos que abrían sus ojos á la luz de la predicación de los apóstoles; aquello era la manifestación más patética del entusiasmo de un pueblo convertido á Dios por sus ministros. Cerca de entrar al pueblo de Conocoto por donde tenían que pasar, fueron coronados de flores por un hombre que había venido con esa comisión á nombre de aquel pueblo: allí salieron á encontrarles muchas personas y la banda de música. Descansando pocos momentos en la casa parroquial del Venerable párroco de aquel pueblo en donde recibieron manifestaciones de amor y respeto de los habitantes de aquel lugar, continuaron su camino á la Capital. Yo les acompañé tan solo hasta Conocoto en donde tuve que despedirme de los Padres á pesar de mis deseos de acompañarles hasta Quito, pero tenía que regresarme solo á mi parroquia, porque al siguiente día principiaba la cuaresma, y debía yo predicar el sermón de ceniza. Me despedí, pues, de los Padres con grande pena de mi alma, y dándonos un sentido abrazo volvímos las espaldas, éllos al seno de la comunidad, yo al de mi rebaño.

He descrito aunque en mal concertadas y ligeras fraces lo que es una misión dada por los religiosos Franciscanos; pero me queda la grata satisfacción de hacer conocer con esto mas y mas el fruto de sus trabajos apostólicos: el pueblo les ama, y con razón: Dios les bendice, y con justicia. ¡Loor y gloria á los humildes é infatigables hijos de Asis!

Manuel María Acosta,
PRESBÍTERO.